

# DEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO

DIRECTORES: Pablo de Grecla—José María Delgado

Setiembre de 1921.

N.º 39 — Año VI..I.

---

## LA CRUZ DEL SUD

*Drama lírico en tres actos y cinco cuadros. Letra y música de ALFONSO BROQUA. Decoraciones y trajes de Alfredo Guido*

*Argumento.*—Personajes: Nagüey 31 años, Telen 117 ídem, Andrés 35 ídem, Yurú 51 ídem, Ignacio 65 ídem. Un sacrificador. Guerreros calchaquíes. Indias. Una india con su hijo. Voces ocultas.

(Los nombres autóctonos no obedecen a razones étnico-lingüísticas).

La acción de esta obra se desarrolla en los valles Calchaquíes (provincias de Salta y Catamarca, República Argentina), a fines del siglo XVI. En ella, al rigor histórico prima el criterio de fantasía evocativa, actuando personajes de dos civilizaciones, con sus creencias y hábitos: los autóctonos sudamericanos y los españoles o sus descendientes adaptados.

*Ciertas características de los principales personajes.*  
—Nagüey, cautiva de una tribu calchaquí, blanca robada en su niñez y favorita del cacique. Sus gestos y aspecto general, son más de india que de española, aunque en el fondo de su alma laten atavismos cristianos, materializados en la cruz; como no la halla en el

desierto, en los instantes de intensa angustia anímica, la encuentra en el cielo; el amor por un blanco la devuelve a su primitivo estado de europea. *Telen*, hijo de *Nagüey* y del cacique *Yurú*, efebo en quien no se han fundido las dos sangres, dando esto lugar a violentas transiciones psicológicas. *Yurú*, cacique de la tribu, se expresa con carácter de bestialidad y pesadez, animando todos sus actos y sentimientos, el amor a la tierra y el odio al invasor; no obstante, su amor a *Nagüey* domina. *Andrés*, español, colono y soldado, adaptado a la naturaleza americana, héroe precursor del gaucho.

La música, eminentemente moderna, se inspira en tres aspectos estilizados del sentir sudamericano y español: el indio autóctono, el canto popular criollo e hispánico. Primitivamente escrito sobre un texto castellano, la expresión del drama brota del idioma.

## ACTO PRIMERO

### PRIMER CUADRO

Cumbre en las montañas. Gruta con abertura sobre el valle sembrado de *pedras paradas* (menhires). Fondo iluminado con luz azul. En el centro de la gruta hierve en una olla (púco) el veneno o el *curare*, destinado a emponzoñar las armas, despidiendo negra humareda. Cuevas laterales de donde surgirán algunos personajes.

La gruta estará iluminada de abajo a arriba, con luz de hoguera. Entre la gruta y el fondo, un lugar intermedio, en penumbra, ocultando los personajes que por ahí pasan. Vasos, escudos, ponchos.

*Escena I.*—Impera un espíritu salvaje y bestial, evocador de un pasado remoto. *Telen* llama a los indios (que en la obra tienen un papel secundario musical y vocal, pero muy importante plásticamente, éstos le responden: ¡ahú! ¡ahú! y danzan frente a la hoguera,

desordenados y frenéticos. Impregnan sus lanzas en el veneno y algunos beben en toscos recipientes.

*Escena II.*—Aparece *Yurú*, que impone silencio a la tribu y llama a su hijo *Telen*, diciéndole que la augusta raza oscura y brava clama por que olvide a *Nagüey*, “la que fué blanca”. *Telen* ya no recuerda; “mañana al alba serás jefe — prosigue su padre — lo serás, si sabes teñir tus manos con la sangre humana”.—“Mi único delito, dice *Telen*, es ser hijo de blanca, pero “probaré que por mis venas sólo corre sangre de *Yurú*, mi padre amado”. Se posterna. Los indios prosiguen sus danzas, en tanto que *Yurú* reclama al que en martirio redimirá a *Telen*.

*Escena III.*—Surge el sacrificador, arranca un niño a una india presente y los indios lo introducen en un vaso que es arrojado al vacío, previa ofrenda de *Yurú* a Pacha-Mama, Madre tierra de las religiones americanas. Los indios exultan: “*Telen* es de los nuestros! ¡Ya no es hijo de la blanca *Nagüey!*”

En el valle aparece la figura extática de *Nagüey*.

*Yurú* pide a su hijo que no traiga prisioneros, “pues tu padre en época lejana no supo exterminar... aun es la blanca su solo amor... Adrede erró su flecha, ésta... que es madre de la muerte”.

*Telen* que a lo lejos ve a su madre, escúrrase hacia ella cantando en voz baja: “Dulce madrecita del indio niño”. Las indias señalando a *Nagüey* profieren frases contra ella; *Yurú* las impone silencio diciendo: “la esclava blanca, la de los ojos color de luz de estrellas, ordena en el reino de *Yurú*”.

La música de este cuadro es de violentísimo color: son ritmos, aullidos y tintes de ferocidad; el canto se expresa en inflexiones y rugidos.

### SEGUNDO CUADRO

(Noche estrellada en el valle entrevistado en el cuadro anterior; habitación de *Nagüey* rodeada de menhi-

res. A lo lejos, arriba, la precedente gruta iluminada por fuegos que se extinguen; en primer término, a la derecha, una hoguera).

*Escena I.*—Se oye la voz lejana de *Telen* que se acerca entonando su canción de amor filial; tierna canción de un sentido humano, en la que el hijo cariñoso pregunta a la madre, por qué se complace siempre en contemplar la bóveda estrellada...

*Escena II.*—Llega junto a *Naguey*, quien le imprime un largo beso en la frente, diciéndole: “*Telen*, dulce hijo mío, *Telen*, mi niño!”. Se lamenta de que su hijo no sepa rezar, aunque ni ella recuerda las oraciones, tan niña la trajeron a la tribu.

“Yo sufro, madrecita de mi alma, y sangro penas” —dice *Telen* con exaltación, pidiéndole que entone la canción “del sueño” que cantan a los niños españoles. *Naguey*, meciéndole dulcemente, le susurra el arrorrró, en tanto que a lo lejos oyes el ¡ahu! ¡ahú! de los indios. *Telen*, en cuya alma chocan constantemente los impulsos ancestrales indio y español, se incorpora y, exaltado como un demente, exclama: “¿Soy indio? ¿Soy niño? ¿Soy hombre? ¿Soy fiero? ¿Soy hijo de una blanca, dulce como el perfume de la mañana?, o bien, ¿soy tigre? ¿Soy puma? ¿Sé lo que soy? Sí, algo sé... Soy *Telen*. Mañana al alba ya no habrá extranjeros en mi tierra. Vengaré las injurias; todas las que la raza sufriera!” — “Mi indio niño!” — exclama *Naguey* y *Telen* responde: “Soy fiero!”

*Naguey* implora perdón al cielo por su hijo, pero éste lleva en incremento su blasfemia. Ella se desespera, rogando a Dios no escuche las palabras del indio, que le perdone, que es un niño muy bueno, que él nunca vió la cruz, esa cruz que ella busca en vano en las tinieblas. Brilla entonces la Cruz del Sud en el firmamento y al verla, dice *Naguey*: “¿Es la gran cruz de estrellas! ¿La ves allá en el cielo? ¿Cuán bellas son sus luces! ¿La ves allá tan cerca? Es el perdón del,

indio, exclama con exaltación.” *Telen*, que trata en vano de ver, le dice que él sólo ve las estrellas de todas las noches. ¡Ahú! ¡Ahú!—gritan a lo lejos los indios — y *Telen* responde con violencia: “Allá voy, pumas hermanos, sangra el cielo!”

*Escena III.*—*Naguey* suplica a *Yurú* no vayan al combate, se lo pide por *Telen*; por la dulzura de la noche estrellada; *Yurú* vacila... Ella juró morir si se combate contra su raza. *Yurú* se estremece y cede, llama a los indios y ordena que nadie se mueva en la tribu, pues no habrá combate.

Los indios se interrogan sobre esta determinación del jefe y algunos se mofan diciendo: “Cierto es que *Telen* es casi blanco. *Telen* es indio a ratos”; en ese instante, *Telen* surge del grupo y ruje: “*Telen* es hijo de todas las indias! *Telen* no tiene más madre! Venid, mis guerreros!” Huye alotadamente.

*Escena IV.*—Entre las sombras y las rocas va apareciendo el blanco *Andrés*, que se abalanza sobre *Naguey*, y sujetándola exclama: “Ya tengo una india, ya tengo una esclava! Ya habrá quien me sirva! Y al hablar de *Andrés* el de selva, ya no dirán: *Andrés* el solitario”.

Sigue una escena de gran violencia y color. *Naguey* se resiste y amenaza al raptor, quien por un instante cede a la fascinación de esos ojos “color de luz de estrellas”, la interroga sobre quién la enseñó su habla; “una mujer blanca vivió y murió en la tribu, con ella aprendimos las indias tu habla”, responde en fugitivo abandono. Sigue la orgía en el antro. *Naguey* insta a *Andrés* a que huya, que a permanecer ha de morir:

—“Vendrás conmigo, india!”, grita *Andrés*, se abalanza sobre su presa, con la cual carga tras feroz resistencia y en un canto de victoria se retira en la noche.

## ACTO SEGUNDO

(En el valle. Alba, la escena casi oscura al principio, nace gradualmente la luz; la casa de Andrés dentro de un bosque enmarañado de algarrobos, pencas y demás árboles y plantas regionales. Enredaderas de *mechoacqn*. Al finalizar el acto, sensación de plena luz meridiana.

La realización general de este acto tiende a expresar la naturaleza en toda su frescura: el remedo del canto de las aves regionales sirve de fondo a la trama sinfónica y subraya el desarrollo pasional en que la música se ha humanizado enteramente (hay en ella el sentido del lied posterior sudamericano).

La primera parte revela aspectos cómico, bucólico, de contricción religiosa en el desierto; los españoles pueden aquí ser perfectos precursores del gaucho.

La segunda parte deriva del odio entre Andrés y su esclava, marcha gradualmente y culmina en intensa expresión idílica y pasional. El final de este acto (llegada y retirada de los indios), es una nota en la que, palideciendo la música, priman y se funden el color y el ritmo. Criterio estético nacido de un recóndito pasado, expresado en agudo sentir moderno).

*Escena I.*—Entra Ignacio, golpea con su bastón la puerta de la cabaña diciendo: "Ave María Purísima", a lo que Andrés responde desde adentro: "Sin pecado concebida"; se asoma preguntando qué nuevas le traen tan temprano. Conversan un rato de Nagüey; Andrés hace grandes elogios de ella y declara, que aun cuando sus ojos lo miran como miran las fieras, él no le guarda rencor. Ignacio le dice que los colonos han resuelto terminar con la raza que puebla la región, limpiar de indios la zona, para lo cual cuentan con las armas necesarias y han dispuesto que los mande el héroe que robó a Nagüey y que no se salve ni el viejo Furú ni el

más niño (Telen). Nagüey, llegada a escena trayendo una gran jarra con leche, se detiene y estremece ante la evocación de su hijo.

Andrés acepta el mando de las fuerzas contra los indios; Nagüey avanza y ofrece a Andrés la jarra que éste pasa a Ignacio, bebiendo ambos. Este se descubre, recordando que en España es fiesta de la Virgen María, y, tras breve oración arrodillados, ambos se persignan. Nagüey mira extrañada la señal de la cruz.

Para festejar con un poco de alegría y de música la fiesta de la Virgen, Andrés trae de su choza una guitarra que entrega a Ignacio, pidiéndole que cante; éste, con sorna, falto de mejores elementos poéticos, canta la siguiente copla, erigiéndose en uno de los primeros improvisadores:

*Quién pudiera ser  
el valiente que osó  
robar a la mujer  
más hermosa que vió!  
Y si hubiera otra Nagüey  
en la tribu, quizá  
pudiera ser yo  
el valiente que osó.*

Andrés ha permanecido absorto como en un ensueño, fascinado por la evocación de esa esclava, quien presume le odia, pero que en secreto él desea. Levanta alegremente la cabeza y elogia la gracia de la copla, augurándole pueda conseguir también una esclava, o muchas, si así prefiere. Se despiden, pues urge que los compañeros sepan que Andrés acepta el mando de las fuerzas, y repitiendo la copla el visitante se aleja, en tanto que Andrés recapacita con honda concentración interior.

Llega lentamente Nagüey, y, por vez primera desde el rapto, deja oír su voz interrogándole sobre la

señal de la cruz. Habla con temor, él responde con dulzura. Cobrando ánimo y refiriéndose a lo que escuchó de labios de *Ignacio*, ella le ruega no vaya al combate contra los indios, pues hay entre ellos inocentes y que han "visto la cruz". Para enternecerle, le recuerda la noche en que él la raptara de la tribu, implorando clemencia. *Andrés* impresionado exclama: "No soy ya amo, *Nagüey*! Soy tu esclavo!", iniciándose un prolongado y tierno dúo de amor.

En escena casi de danza, *Naguey* despréndese lentamente de su manto, que deja caer a sus pies. Ya no es india, aparece como blanca. En gesto extático levanta sus brazos como en despertar; de entre las piedras laterales, cuajadas de campánulas, coge guirnaldas y se corona: es el renacer del sentimiento humano. Prosigue creciente el dúo, internándose ambos en la cabaña.

Llegan dos filas de indios por la derecha e izquierda (*Telen* a la cabeza de este grupo). Pausadamente se arrastran hacia la choza, uniéndose en una sola fila. A una señal de *Telen* apréstanse sigilosamente a invadir la choza. *Telen* mira al interior de ésta, y tras un gesto, aparta a su gente, finalizando la escena con una especie de glorificación rítmica, musical y coloreada de silencio. Los indios se retiran perdiéndose felinamente en las frondosidades.

### ACTO TERCERO

#### CUADRO PRIMERO

(Interior de la cabaña adornada con toscos muebles en el gusto hispánico y americano de la época. En primer término, a la derecha, ponchos indios a manera de jergones. Hora de la siesta. Sensación de intimidad. La primordial determinante

de la acción de *Nagüey*, al abandonar a *Andrés*, lo expresa incesantemente la música, evocando el recuerdo del hijo ausente, ignorado por *Andrés*.)

*Escena única.*—Oyese la voz de *Telen* entonando su canción filial, que inconscientemente, en agitado sueño, oye *Naguey*. Llega *Andrés* y besa amorosamente a la dormida. Esta despierta y le acaricia con temor, como si algo hubiera cambiado en su alma. *Andrés* se admira de ver a la "reina de la selva", para quien es su creciente amor, transformada en esclava que pretende besar la mano del amo. ¿Habrá cambiado su amor? Protesta *Naguey*, inconscientemente atenuada en su vehemencia, por el recuerdo del hijo ausente. Sigue *Andrés* de que nada teme *Naguey* de los indios, la propone llevarla a España cerca de su vieja madre, donde la hará su esposa ante Dios y ante los hombres. Rehúsa *Naguey* a seguirlo a esa tierra donde las estrellas no son las mismas, ni se ve nunca "la gran cruz de estrellas" (símbolo para ella tangible del perdón de su hijo). Pide volver hacia su tribu. En el colmo de la admiración, que oculta una contenida ira, *Andrés* la despide, indicándole el camino: —"Perdóname y no juzgues—dice *Naguey*.—Adiós, buen amo blanco". Se aleja lentamente.

#### CUADRO SEGUNDO

(El desierto.

Cactus gigantesco, clavados entre piedras monumentales.

Sobre un cielo de púrpura, asoman las primeras estrellas).

*Escena I.*—Oyese de nuevo la canción de *Telen*, quien se acerca y ya en el regazo materno, hondas frases de cariño. *Furú*, exacerbado, decretó el suplicio de *Nagüey* y todo estaba ya pronto. *Telen* huyó en ansia

de salvarla: "Erró su primera flecha el hábil arquero—dice *Telen*—y si quisiera evitarla, fué por ti, madre-cita! Es ésta". Y blande su flecha; tras violenta escena de desesperación cae el torturado *Telen*, cerca de una roca, en la cual quedan el arco y la flecha, pregunta a su madre: "¿Y si tu hijo llegara a ver allá en el cielo la gran cruz, o crees, dime, madre-cita, que Dios le perdonará?"—"Dios perdona siempre", contesta la madre, en el instante en que aparece fulgurante la Cruz del Sud, que *Telen* ve, por fin, en brillo alocado y aspirando ir a ella.

*Escena II*—Aparece *Andrés*, visto ya por *Telen*, que se ocultaba tras de las rocas y, lleno de ira, se apodera del arco y de la flecha, apunta contra *Naguey*, pero *Telen* en ansia de liberación y por salvar a su madre, se adelanta, recibiendo la flecha en pleno pecho. Caer mortalmente herido, exclama: "Dulce madre-cita!" *Andrés*, trémulo, sale de su escondite diciendo despectivamente:

—"¿Me dirás qué es eso?"

—"Mírale los ojos—contesta *Naguey*.—Presto, mira que se apagan. . ."—Inclinado *Andrés* mira fijamente los ojos de *Telen*:

—"¡Oh! Son los ojos del indio color de luz de estrellas!"

ALFONSO BROQUA.

## PLENITUD

*Todo el sol de esta tarde lo tengo adentro,  
(¡Quién me diera ser niño, pájaro o loco!)  
De todos los efluvios yo soy el foco,  
y de todas las fuerzas yo soy el centro.*

*Está el eje divino donde me encuentro,  
y es palanca suprema lo que yo toco.  
(¡Quién me diera ser niño, pájaro o loco!)  
Todo el sol de esta tarde lo tengo adentro.*

*Los mundos me obedecen, guan los soles,  
las montañas elevan sus negras moles,  
y florecen los llanos, todo a mi voz;*

*Se transforma y anima cuanto yo toco;  
¡Quién me diera ser niño, pájaro o loco!  
¡Con el sol de esta tarde yo sería Dios!*

PEDRO GONZÁLEZ GASTELLÚ.

Pertenece a la nueva generación de los poetas argentinos este joven portalira, que tiene tan definida personalidad artística. Este soneto que publicamos pertenece a su libro próximo titulado "Ocio", que aparecerá estos días.

## EL URUGUAY Y LA CULTURA ITALIANA

(La conferencia cuya publicación iniciamos en este número, fué dada por el doctor Francisco Alberto Schinca hace algún tiempo, en el local del Club Itaha, y permaneció inédita hasta hoy).

Ningún tema me ha parecido más propicio para iniciar estas conferencias que el de nuestras relaciones espirituales con la patria italiana, injustamente postergado quizá en nuestras devociones hacia los pueblos que pueden ser considerados como los hogares de toda civilización, como los emporios de toda cultura, como las cumbres morales de la humanidad, unidas siempre por el sol radioso de la gloria. Nos envanecemos de nuestro cosmopolitismo renovador, que nos impulsa a buscar en otros países de la tierra los dechados impecables dignos de la imitación y el respeto del nuestro; pero debemos convenir en que si, desde el punto de vista de nuestras preferencias sentimentales, Italia ocupa, acaso, uno de los primeros puestos, porque hace gravitar sobre nosotros la sugestión potente de su historia incomparable y nos deslumbra con las posibilidades venturosas de su fecundo porvenir, no es tan marcada ni tan profunda nuestra afinidad intelectual con la nación latina que más ha cooperado, en el terreno de la acción eficiente y en la esfera de las realizaciones materiales, en la elaboración de nuestra grandeza colectiva.

Volvemos nuestros ojos hacia Francia, como si ella

fuera, en la sucesión de los siglos, la única forjadora de la civilización universal, la infatigable sembradora de ideales nuevos y de doctrinas progresistas. La revolución formidable que estremeció la conciencia del mundo en las postrimerías del siglo XVIII, es como el punto de partida de todas las renovaciones del pensamiento y de todas las transformaciones sociales. París se alza en Europa como una cima de espiritualidad hacia la que acuden desde todos los horizontes, en peregrinaciones inacabables, los anhelosos de belleza y de ciencia y los ávidos de placer. El libro francés ha invadido nuestros mercados. Nuestra mentalidad se ha moldeado en los troqueles de aquella cultura maravillosa y secular. Hasta nos ha conquistado el idioma de Francia, esa lengua tan concisa y tan apta para la expresión de todas las ideas, ese prestigioso instrumento de comunicación y de difusión que parece llamado a transformarse en el porvenir en el idioma universal y corriente, predilecto de las naciones y de los hombres

Admiramos a Inglaterra por la perfección asombrosa de sus instituciones, por su culto indeclinable a todas las libertades y a todos los derechos. En aquella isla inviolable y llena de brumas, el espíritu de un pueblo feliz se muestra en toda su generosa vitalidad y en su gallarda lozanía, como si no hubieran pasado sobre él varios convulsivos siglos de historia. La autonomía individual y el orden se conciertan en aquella nación como en ninguna otra, bajo la tutela de una monarquía moderada y paternal, que ha favorecido enormemente la evolución democrática de aquel sorprendente país. Así ha podido surgir de las más humildes esferas populares ese prototipo de estadistas que se llama Lloyd George, que ostenta un programa revolucionario en una sociedad tradicionalista y conservadora, y, que tiene a los ojos de los súbditos de

Jorge V más autoridad y más prestigio que el propio rey constitucional, cuya áurea corona simbólica esplende menos que las canas augustas en la leonina cabeza del pensador y del tribuno.

En lo que se refiere a Alemania, vosotros sabéis cuánto se la admiraba antes de que el estallido de la guerra pusiera en evidencia lo que hay de artificial en su civilización, de bárbaro y pegadizo en su cultura, de brutal en su aspiración de dominio y en su sed de indefinida preponderancia. Era la patria del pensamiento metafísico. Pocos filósofos penetraron tan hondamente en las intimidades de la conciencia humana como los filósofos germánicos. Era aquélla, además, la tierra de los "lieds" sentimentales, de las baladas lamentosas, de los castillos plateados por la luna, del Rhin amado de la leyenda y de las rubias Loreleys enamoradas y pensativas. Wagner hizo galopar sobre ella sus enloquecidas Walkirias, mientras el genio melancólico de Beethoven, cuya suprema ciencia ha consistido en saber ir a la alegría por las sendas de la desesperanza y del dolor, componía en la soledad querrellosa sus sinfonías inmortales. Era grande y visible la influencia alemana antes de que surgiesen, como la floración de los bajos instintos de un pueblo, las doctrinas ferozmente materialistas de Von Bernhardt; antes de que el militarismo prusiano aplastase en el alma tedesca la flor azul de la quimera y las rosas magníficas de la sentimentalidad; antes de que la invasión premeditada de Bélgica, las mutilaciones sistemáticas de las obras de arte, el sacrificio de vidas inocentes por la acción artera de los submarinos, que acechan, sigilosos, en todos los mares, el paso de los buques beligerantes y neutrales; antes de que todas esas realidades atroces, decía, vtipieran a probarnos que una nación inteligente sólo merece el respeto del mundo cuando no esteriliza con el crimen sus grandes y

dominantes cualidades, cuando no lo subordina todo al éxito de sus maquinaciones imperialistas, cuando no sobrepone a las leyes eternas de la misericordia y del amor, los cánones siniestros de la guerra a base de depredaciones insensatas y de atentados sacrílegos a la justicia y al derecho!

Más que Inglaterra y más que Alemania, tanto, por lo menos, como Francia, que pertenece también a la gloriosa comunión de los pueblos latinos, Italia ha debido influir en los destinos intelectuales y en la formación moral de nuestra nacionalidad. Posee para ello todas las condiciones exigibles: un espíritu expansivo y dotado de una flexibilidad que no tiene nada de común; una historia estupenda que se remonta hasta los días inmortales de la gloria romana; una población que desborda del limitado territorio y se dispersa por el mundo en emigraciones aventureras que incorporan a las tierras nuevas y a las zonas vírgenes del planeta sus virtudes originarias, sus aptitudes únicas para el esfuerzo fecundo y productivo; una lengua eufónica y melodiosa, tan elocuente en el sanátoma viril como en la dulce confidencia; idioma rico y generoso que ha ido utilizándose y afinándose desde la época del primer Renacimiento, presidido por el genio del Dante, hasta culminar en la prosa matizada y prócera de D'Annunzio, que es todo un prodigio de delicada orfebrería verbal. Pudo Italia imponernos sus gustos y modelarnos a su imagen, y el Uruguay hubiera debido agradecerle el aporte valioso de su civilización y de su cultura; pero observad cuán pocos son los que hablan entre nosotros la lengua sonora de Leopardi; advertid que no hay en nuestra metrópoli una librería dedicada exclusivamente a la venta de las producciones literarias o científicas en que el genio italiano deja su original impronta indeleble, y confesaréis vosotros también que es muy poco lo que hemos sabido apro-



vechar de nuestras relaciones con aquella dilecta nación, con aquella raza privilegiada, con aquel pueblo de tan relevantes virtudes y de tan excelsas cualidades. La hegemonía casi exclusiva de lo francés, que yo alabo y pondero, porque no desconozco lo que hay de excelente en esa civilizadora influencia del otro gran núcleo latino, ha impedido que nos vinculásemos más estrechamente a la mentalidad italiana, y que con su contacto fecundante y benéfico lográsemos enriquecer nuestro espíritu y aumentar el acervo de la cultura nacional.

No es ni insensibilidad ni indiferencia lo que ha obstaculizado esas aproximaciones ideales, puesto que sentimos tan profundamente el amor a Italia y puesto que la acompañamos con nuestras simpatías y con nuestros augurios en todas las vicisitudes de su noble existencia. En estos mismos días agitados y trágicos, nuestros votos sinceros se encaminan a solicitar para ella el laurel inmarcesible de la victoria y las satisfacciones intensas que han de embargarla por entero cuando vea realizado, con la recuperación de Trento y de Trieste, el persistente ensueño de su reintegración territorial. Amamos a Italia en sus desventuras y en sus éxitos, y si no nos asimilamos más completamente su espíritu, si no la sentimos más cerca de nosotros, si no la vemos actuando más enérgicamente en el proceso de nuestra formación nacional, es porque nos hemos apartado deliberadamente de los amplios caminos por donde un pueblo puede llegar con facilidad a la compenetración auspiciosa con otro pueblo superior en cultura, o dueño de una civilización más refinada o más perfecta. Ni nos esforzamos en recoger sobre aquel suelo exornado por todas las gracias de la naturaleza y por todas las florescencias del arte, la enorme sugestión ambiente, que proporciona al viajero sensaciones de eternidad y de perfección, ni nos interna-

mos en el maravilloso dédalo de su historia, evocando las grandes sombras que se levantan de su pasado indestructible, ni nos familiarizamos con sus talentos de elección, flor de una prestigiosa espiritualidad milenaria, ni nos empeñamos en incorporar a nuestro carácter algunos rasgos culminantes de aquella idiosincrasia peculiar en que se concilian el idealismo con el positivismo, el desinterés con el ansia de conquista y de superación, la sensibilidad para las cosas de la inteligencia con la comprensión sutil de todas las realidades que circundan al hombre moderno.

Cuando un uruguayo emprende la ruta marítima de Europa y se detiene por algún tiempo en el viejo continente, hace del viaje a Italia, si se aventura a realizarlo, el pretexto para satisfacer una simple curiosidad, superficial y pasajera. Que no se diga que no ha saludado la Roma de los Césares, glorificada por sus ruinas gigantes, o que no ha paseado al claro de la luna por los canales de Venecia, o que no se ha aturdido un momento con el rumor de colmena industriosa que constituye la característica de algunas urbes italianas.

Para el que vive en el hechizado ambiente de París o en el vértigo de la existencia londinense, la excursión a Italia es una escapada hacia el ideal, una fugaz inmersión en la luz. Además está decir que no es esa rápida visita al maravilloso país la que puede deparar al turista la emoción honda y perdurable, que es el indicio más inequívoco de su afinidad con un nuevo medio social. Vivir en toda su plenitud la vida italiana, sentirse penetrado por las influencias avasalladoras de aquel ambiente de exquisita civilización en que a los atractivos de la cultura se adunan los encantos de una belleza inimitable en los paisajes y en las cosas: he ahí la fórmula para realizar plenamente el anhelo de compenetración espiritual a que vengo aludiendo. No puede aspirar a realizarlo quien no sienta gravitar sobre su

alma aquella sugestión poderosa, o quien no experimente dentro de sí, al hollar aquel suelo sagrado, el estremecimiento de lo inefable. En 1803, cuando Chateaubriand llegó a Roma, una de las primeras etapas de su itinerario romántico, escribió a su amigo Joubert una carta pródiga en ponderaciones ardorosas. "¡Heme aquí!—exclamaba. Toda mi indiferencia se ha desvanecido. Estoy abrumado por lo que he visto; me parece que ningún viajero ha sentido lo que yo. ¡Necios! ¡Almas de hielo! ¡Bárbaros! ¿No han cruzado para llegar hasta aquí la Toscana, jardín inglés en cuyo centro hay un templo, esto es, Florencia? ¿No han atravesado en caravana con las águilas y los jabalíes las soledades de esta segunda Italia llamada el Estado Romano? ¿Para qué viajan, pues, si son insensibles? Habiendo llegado cuando el sol se ponía, he encontrado una inmensa multitud que iba a pasearse en la Arabia desierta, a las puertas de Roma! ¿Qué ciudad! ¿Qué recuerdos!"

Así, con la misma vibrante emoción con que Chateaubriand contempla y describe la campiña romana, deberían penetrar en el corazón augusto de Italia todos los que se complacen en la serenidad infinita de sus cielos azules, en las prodigiosas evocaciones de su historia y en las milagrosas creaciones de su arte imperecedero. Con esa misma férvida y profunda emoción, han llegado hasta ella todos los grandes espíritus que la visitaron un día, no por un capricho pueril de turistas, sino para identificarse con el alma divina de sus paisajes, o para vivir en belleza en una tierra que disfruta del privilegio de ser, como Grecia, la patria de toda idealidad y de toda poesía. En una enumeración sucinta y rápida, la única que consiente la forzosa brevedad de este trabajo, mencionaré algunos de los pensadores ilustres, de los poetas iluminados o de los músicos excelsos que han abordado las costas de

Italia para recibir en su espíritu las caricias de aquella gloriosa luz solar que se quiebra sobre el mármol de los monumentos eternos y para nutrir su inteligencia, aproximándola a aquel venero de inspiraciones inagotables y sublimes. No desfilarán todos, ciertamente, por estas páginas volanderas, pero pasarán, sin duda alguna, aquellos en cuya existencia y en cuya obra intelectual ha dejado una huella indeleble y profunda esa magnífica peregrinación por las tierras de Italia, fértiles y fragantes como pocas.

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

(Continuará).

## MUSA FEMENINA

### NOCTURNO

*Abierta la ventana de mi estancia,  
La luna llega a mí magnificente.  
La brisa trae del parque la fragancia  
Y yo la aspiro con fruición vehemente.*

*Me aproximo al alféizar lentamente,  
Y mis ojos se embriagan con Natura.  
¡Mi alma se alarga misteriosamente  
Y se vuelve una sombra en la espesura!*

*Vaga de flor en flor, de mata en mata...  
Luego evoca la triste serenata  
De Pierrot y se hermana con su canto...*

*Quiebra el silencio augusto una Balada  
De Chopin, por un piano sollozada,  
Y mi alma en una flor vierte su llanto!*

RAQUEL SÁENZ.

Montevideo.

### COMO UNA CAJA DE MÚSICA

*En esta noche brillante  
De estrellas, tendió la luna*

*En la calle silenciosa  
Su nostálgica blancura.*

*Como un enjambre de abejas  
Florido naranjo busca,  
Alrededor de un motivo  
Mis ensoñaciones zumban.*

*Mi corazón—regio bronce  
De las interiores luchas,—  
Bajo mis manos unidas  
En cruz, eleva aleyas.*

*Mi sombra, gris y alargada  
Sobre la tierra,—es mi musa;  
¡Y está mi traje tan blanco  
Que me pareceo de espuma!*

*Presiento el grato murmurio  
De mares que no vi nunca,  
Donde los vientos y el agua  
Sus armonías aunan.*

*En esta noche brillante  
De estrellas, tendió la luna  
Su blanca luz sobre el pueblo  
Como un tocado de nupcias.*

*Y mientras mueve mi espíritu  
Sus niveas alas ilusas,  
Sus claros ritmos remonta  
Como una caja de música.*

ANTONIA ARTUCIO FERREIRA.

Florida.

## COSAS DE HORMIGAS

Don Hilario, hombre de pocas palabras, bonachón y reflexivo, se acercó al vejete amigo del patrón que había llegado hacía pocos días de la capital. Sin parar mientes en el dictado de sabio que todos le daban en la casa (pues desde que le preguntara, sin obtener respuesta, cómo se curaba la "paletilla caída", dudaba mucho de la ciencia del forastero), don Hilario se sentía atraído hacia aquel viejecito silencioso, lento, bastante cegatón, pero sencillo y campechano como el mejor criollo. Admiraba en él la paciencia con que observaba los bichos del campo, y, sin darse cuenta, por supuesto, de la labor del entomólogo, presentía que, a pesar de su aparente trivialidad, tenía aquella porfiada y silenciosa observación, algo de grande y respetable.

—¿Qué está haciendo, don Pablo?—interrogó, colocándose a la vera del viejo, quien, a la sazón, en cucullas, observaba el ajeteo endiablado de unas hormigas. — ¡Anda viendo cómo se podría acabar con esa plaga!

—No, don Hilario; yo no destruyo insectos: todos los bichos tienen derecho a la vida, y por algo han venido al mundo.

—¡Ah, sí! ¿Usted cree que esa porquería sirve para algo? ¿No podría decirme para qué sirven las moscas, que tanto molestan en verano y que nos llenan de guisanera a los animales?

—Sí, señor; le puedo decir para qué sirven las moscas: para comerse millones de gérmenes y microbios que andan flotando en el aire, tan invisibles y pequeños que no nos damos cuenta de su vecindad, pero que se nos meten en el cuerpo con el aire que respiramos y nos proporcionan siempre alguna enfermedad. ¿Usted ha visto a las moscas frotarse las alas y las patitas? Bueno; es que se limpian el cuerpo de esos microbios, los amontonan en pelotilla y se los comen.

—¡Ajajajá! Los microbios nos enferman a nosotros, que somos más fuertes que las moscas, y ahora resulta que las moscas se tragan los microbios y no les pasa nada?

—Así'es. Cada sér en el mundo está constituido de un modo diferente, y lo que es veneno para el uno resulta alimento para el otro. ¿Usted come "bichos peludos", esos gusanos que cuando le rozan la mano le producen la sensación de una quemadura? ¿No, verdad? Pues los sapos se los comen, y les gusta mucho.

—¡Uf, los sapos!

—Los sapos son nuestros grandes amigos; nuestros mejores jardineros. No nos cobran sueldo y nos limpian las quintas de los insectos que destruyen nuestras siembras.

—¡Y cómo sabe usted todo eso, don Pablo!

—Estudiando la vida y costumbre de los animalitos. Ahora estoy estudiando la de las hormigas.

—¡Caraina! ¿Con que esta laya de bichos tienen costumbres? Pues han de ser muy malas las otras que tengan, porque la única que yo les conozco es la de destrozarse los plantíos.

—Tienen que comer. Otros bichos se las comen a ellas. Los pájaros se comen esos otros bichos. Nosotros, los hombres, nos comemos todo lo que vuela, camina, se arrastra o nada en el agua; nos comemos los vegetales y a veces nos comemos los unos a los

otros. El hombre es el único sér de la creación que no puede reprochar a ningún animalito el que devore si tiene hambre. El hombre come de todo, y hasta come sin necesidad, por el gusto de comer. El tigre mata y come acosado por el hambre.

—Vea, vea.

Don Hilario se había quedado sumido en un mar de reflexiones. Don Pablo, con una lente en la diestra, observaba nuevamente a las hormigas. Combatían éstas entre sí, divididas en dos bandos. Un ejército de hormigas rojas, pequeñitas, había asaltado a un pueblo de ecodomas. Los minúsculos combatientes se abrazaban, se mordían, luchaban, se perseguían con una furia cruel, volvían a trenzarse, ejecutaban algunos movimientos nimios, y, al separarse uno de ellos, quedaba el otro tendido en el suelo. Mirando con atención, como lo hacía don Pablo con la ayuda de su lente, se descubrían en el campo de la lucha fragmentos de miembros, trocitos y briznas insignificantes. Al fin, las ecodomas, vencidas por las formicas sanguíneas, huyeron desaladamente, con movimientos curvilíneos, en zigs-zags alocados, perseguidas aún por sus implacables adversarios.

—Vaya, han terminado,—murmuró el vejete, alzándose.

—¿De qué?—interrogó don Hilario.

—De pelear. Ha sido un combate en toda regla, de un encarnizamiento feroz. Esas hormigas rojas son muy fuertes y audaces. Son ladronas. Asaltan a las hormigas de las otras especies para llevarse las larvas y crisálidas y poder contar así en el futuro con un ejército de esclavas que trabajan para sus conquistas. Yo creo que Píptarco no frecuentó muy de cerca el trato de las hormigas, o no conoció esta especie, cuando llegó a decir que la vida de tales animalitos es el espejo de todas las virtudes: de la amistad, de la

sociabilidad, del valor, de la perseverancia, de la continencia y de la justicia. Darwin las conoció mejor. Ahí está: este combate sin cuartel, que ha dejado un tendal de víctimas, no tenía otro fin que la conquista de ese estercolero.

Don Hilario se había puesto serio y observaba con cierta desconfianza a su interlocutor. Pero don Pablo, pasándole la lente para que observara el campo de batalla, prosiguió:

—Es esta una clase de hormigas feroces. No son muy numerosas y podrían vivir espléndidamente: tierra y alimentos no les faltan, como usted calculará. Pero son así; obedecen a su instinto. Vea usted si hay aquí leguas y leguas de campo, donde unos bichos tan pequeños podrían vivir como príncipes; y, sin embargo, ahí los tiene usted, matándose y destrozándose por una mota de tierra. Ahora han concluido de reñir y los vencedores se reparten el botín. Observe el apresuramiento con que desbalian a sus enemigos muertos; cómo arrean sus prisioneros y esclavos.

—Y también se llevan pedacitos de hojas, de paja, hilachas, ¡qué sé yo!,—arguyó sorprendido don Hilario, pegado el ojo al cristal milagroso.

—Es su tesoro. Todo lo recogen: materias putrefactas, átomos malolientes, cien otras cosas aún igualmente despreciables. Mire bien y verá cómo prefieren esas briznas doradas y esas otras partículas centelleantes como cristales. También procuran hilachas de colorines. Deben estimar en mucho esos residuos de basura,—concluyó el sabio entomólogo.

Embriagados, locos, hilarantes, los diminutos seres se apresuraban, corrían, arrastraban cargas diez veces más grandes que su propio cuerpo, tropezaban, caían, tornaban a alzarse, y sofocados, muriendo bajo su carga o sus heridas, volvían a correr hasta entrar-se en agujerillos oscuros.

—Lo raro,—dijo en esto don Hilario, que se había

quedado un instante pensativo,—es que no nos temen a nosotros, que los estamos mirando.

—Es que no nos ven,—replicó don Pablo.

Don Hilario se quedó boquiabierto.

—¡No nos ven!—dijo al fin.—Pues somos bastante crecilitos.

—Por eso mismo. Cada sér en la Naturaleza tiene un campo de visión de acuerdo a su organismo. Se mira y se ve hasta cierto límite, pero no más allá. Usted ve ese árbol que tiene ahí al lado y puede detallar sus ramas y sus hojas. También ve el nido que hay allí arriba, y el “espínero” que anda revoloteando a su alrededor. Pero no ve todo este inmenso campo del mismo modo, con igual precisión de detalles. Allí abajo se descubre aquel ombú: usted ve su masa, pero ya no puede detallar sus hojas ni descubrir los pájaros que entre sus ramas revolotean. Ahora, vea aquellos cerros más allá lejos, en la línea del horizonte: son unas nubes azuladas, nada más. Tienen rocas, tierra, árboles, pájaros y nidos; mas, nada de eso podemos ver desde aquí. La extensión de este “pago” es muy grande, y esos cerros están muy lejos de nosotros. Más allá de esos cerros continúa el mundo, y, sin embargo, nada de él vemos ya. Es como si no existiera para nosotros; pero existe, aunque no lo veamos. Lo mismo acontece con esos astros del espacio, que brillan sobre nuestras cabezas durante la noche. Vemos todos los que están próximos a nosotros; pero, ¡cuántos! y cuántos otros existirán que no vemos porque brillan en las soledades del infinito a distancias inconmensurables? Bueno; pues he ahí esas hormigas: sus ojillos diminutos verán una reducida porción de nuestros pies, porque es lo que tienen más próximo; mas no pueden ver nuestro cuerpo total, porque es demasiado gigante para ellos, ni podrán descubrir nuestros rostros, porque les queda demasiado lejos. Por consiguiente, nosotros no existimos para las hormigas.

Don Pablo hizo una pausa. Luego, como si hablara consigo mismo, prosiguió en voz más baja y sorda:

—¡Sabemos, acaso, si en esos mundos que ruedan allá arriba, en el espacio infinito, no existen seres más grandes y perfectos que nosotros, que nos están observando?

Don Hilario se enderezó, miró alrededor un instante, fué a decir algo y enmudeció de súbito. Como don Pablo se encaminara hacia las casas, el buen criollo se le acopló, ajustando su paso al de él. Iba mudo, reconcentrado, ateneado por una idea fija. De pronto, se detuvo y formuló secamente:

—¡Sabe lo que se me ocurre, don Pablo?

—Diga usted lo que se le ocurre,—contestó bonachonamente el buen vejete.

—Pues, que nosotros, los hombres, somos unas hormigas.

Don Pablo sonrió y volvió a emprender la marcha hacia las casas, sin replicar palabra.

VÍCTOR PÉREZ PETIT

## PRIMAVERA

A Eduardo Ferreira,  
cordialmente.

## I

¡Primavera!...

Me sorprendes en plena labor.  
Mi cerebro afebrado trabaja  
incesante: es como una caja  
que rebosa amor.  
Y tú llegas sigilosa,  
blanda como una mariposa...  
serena... suave  
como un ave...  
luciendo el regio vestido  
de la Anunciación...  
diciendo la bucnventura, mientras te deslizas—  
charlas y sonrisas—  
diáfana y alegre princesa Ilusión.  
Traes el cielo hundido,  
transparente y azul...  
y un sol maravilloso—a manera de veste—  
que es un tejido tenue, y a la vez agreste,  
que ya le quisiera un señor de Stambul.

¡Tu sol!... Ahí le tengo:  
es todo un abolengo.

Por llevarle en su escudo,  
por contarle en sus viejos pergaminos patricios,  
no se ahorrara vicios  
ni fanfarroneías quien pseudo  
jactarse de tenorio.

¡Tu sol!... Ahí le tengo; es como un abalorio  
que viste todo en fiesta  
en esta misma hora pesada,  
tediosa de la siesta.

Al mirar tan lujoso mantón que del pilar  
cae, como de una cascada,  
haciendo mil secretas proomesas de amar...  
la idea corporiza en una odiosa alada  
que vuela, que vuela, que vuela sin cesar.

## II

Primavera: me sorprendes en plena labor.

¿Y acaso podría escapar al dilema?

Es el tema:

ser o no ser;  
trabajar o dormir;  
abdicar o vencer...  
vivir o morir...

renunciar al amor...

¿cuál es mejor?

Primavera: ¡Me sorprendes en plena labor!

¿De dónde vienes? ¿Quién te ha traído  
así, callando, callando,  
que hoy te he sentido  
como despertando  
inconfundible, fuerte, poderosa... en el latido  
que commueve mis venas  
como si fuesen las cuerdas de un arpa vibrando?  
¿Es que traes las mieles de todas las colmenas  
que hallaste a tu paso?...

¿Es que acaso  
eres exorcismo y quitas a las penas?

¡Oh, la yema hinchada que abre en la noche  
haciendo el derroche  
de tus travesuras;  
¡Oh, la hoja-t-nue que crece indecisa  
bajo la promesa, bajo las ternuras  
de alguna sonrisa!

## III

En clavel, un hermoso clavel malmesón,  
enfermóse en invierno:  
guardó un silencio de flores eterno...  
y hasta hubo de ferle sin color las hojas  
a pesar de mi viva atención.  
Busqué el mal en las hondas raíces,  
en la arida, también la busqué,  
de todas las hojas...  
y fué vana mi viva atención.  
Era un mudo... infinito silencio aquel mal  
pertinaz y cruel.  
El clavel,  
siempre igual,  
enfermóse en invierno...  
guardó un silencio de flores eterno.

Primavera: ¿qué anticipo de magia  
precede tu arribo?  
Ya lo ves: el invierno, nocivo,  
esfumóse en tus rayos de sol. La nostalgia  
que apenas al clavel  
dejó a un lado la infiel terquedad...  
Hay diez botones en el tallo aquel,  
diez botones que suenan como un cascabel  
de vida, de amor, de bondad.

## IV

Primavera: ¿qué anticipo de magia  
precede tu arribo?  
Bajo el vario toldo de hojas y frutas,  
en el ambiente estivo,  
gozaba de sombra, como en una gruta,  
el anhelo intenso de mi gallinero.  
El ciruelo rubio, y el ciruelo moro  
y el fiel duraznero,  
en un entrevero  
de matices verdes, de matices rubios,  
de matices de oro...  
formaban el coro  
de aquella magnífica, triunfal sinfonia  
de hojas, de frutas,  
de alocadas disputas...  
en que las gallinas cantaban al día  
el huevo que cada una de ellas ponía,  
y en que el gallo hacía  
de juez y de parte  
con la algarabía  
de su arte...  
dando a cada una su arte y su parte.

¡Ah, pero vino fatal el invierno,  
y con el frío intenso y con sus desazones,  
desaparecieron los melocotones  
y el follaje, y el calor interno  
de aquel toldo en que hallaba amparo  
el anhelo intenso de mi gallinero.  
Vino el invierno: su reparo  
buscaron las gallinas en el dormidero  
adoptando poses abracadabrantes,  
poses hilarantes...



Primavera: ¿qué anticipo de magia  
 precede tu arribo?  
 Hace ya buen tiempo cesó la hemorragia  
 de savias en el duraznero  
 y en los ciruelos... Hay como un furtivo  
 reír en el gallinero.  
 Cesó la hemorragia, primero,  
 y luego se hincharon las yemas  
 en el duraznero;  
 y el ciruelo rubio, y el ciruelo moro  
 guarnecieron sus ramas con gemas  
 que habían guardado no sé en qué tesoro  
 recóndito de entrañas ignotas...  
 flores... florecillas... promesas remotas.  
 Primavera, Primavera que traes  
 las mieles de todos los panales,  
 Fauno, Baco... Evoé... Danae  
 que das de tus entrañas remedios a los males,  
 fecunda con tu sol, como una lluvia de oro,  
 los cálices vacíos de miel, de vida, de espasmo,  
 y en el marasmo  
 de las flores rosas, del ciruelo rubio,  
 del ciruelo moro  
 y del duraznero,  
 haz que el mes de Enero,  
 bajo el vario toldo de hojas y frutas,  
 devuelva la sombra, como de una gruta,  
 al desasosiego de mi gallinero.

## V

Primavera: ¿qué anticipo de magia  
 precede tu arribo?  
 Bajo el palio humilde de lata y de zinc  
 hay nuevos arrullos en el palomar.  
 El palomo, altivo,  
 arrecia el sin fin

de sus charloteos  
 y de su rondar;  
 aborta el gorjeo  
 en un incansable arrullar y arrullar:  
 Cien circunferencias y cien contoneos  
 dicen de un ansia incurable de amar.  
 Discreta la hembrá ensaya el desaire  
 de los mil arrullos y los circunloquios  
 de su palomar:  
 arrecia el tenorio en los soliloquios  
 y circunferencias  
 de sus impacencias...  
 y en el cálido aire  
 las circunferencias  
 son luego espirales que buscan el centro;  
 como hipnotizada la paloma queda  
 dentro.  
 Luego... Renuévase el caso del cisne de Leda:  
 Júpiter vence tenaz la partida...  
 Se hace un profundo silencio de vida.

Y tú, Primavera, Psiquis y Pomona,  
 precedes la eterna vendimia de amor.  
 Erante Latona  
 prestas a los nidos fervor y calor:  
 llenas las comarcas  
 con el gran favor  
 de tus reales arcas.

## VI

Primavera, Primavera: ¿qué anticipo de magia  
 precede tu arribo?  
 ¿Acaso es Pan, semi dios, semi chivo,  
 el que anuncia dulce  
 tu próximo arribo?  
 ¿Quién este ambiente de esencias produce?

*mezcla de recuerdos y de viejas memorias...  
y de nuevas, de inmediatas glorias?*

*Pan, travieso y avieso,  
ronda los lagos en busca de ninfas,  
y en tanto los rebaños se inflan y se inflan...  
el dios silba en las cañas  
y suena en los sonos de sus caramillos  
el hábil secreto de las artimañas.  
Con sonos sencillos  
ofrece cucañas  
a todas las ninfas que dejan las montañas.  
Borda, Pan, marañas  
en las cuales gusta las mieles pristinas  
de las ignorantes, fáciles vecinas.*

## VII

*Primavera: ¿qué anticipo de magia  
precede tu arribo?  
Tu ausencia eraspeira, y es tu recibo  
fastuoso y solemne:  
Bajo el manto rosa de la fantasía  
oficias indemne  
de sacerdotisa de toda alegría:  
mientras desde el fondo de la misma tierra  
rompe la Energía  
con las dulcedumbres de un Ave María,  
que rueda hacia el valle y asciende a la sierra  
en el gran milagro de la luz del día.*

BLAS S. GENOVESE.

## CRÓNICAS DE ARTE

La revelación de un nuevo  
pintor — Etchebarne Bidart

Hacer crítica de arte sin criticar, en el sentido vulgar de la palabra; dejar las gafas de magister miope para mirar con ojos alucinados la trasmigración de la naturaleza al arte; encontrar la verdad estética y pagar la emoción que nos brinda con el oro espiritual del elogio más o menos efímero; alentar al artista con el entusiasmo que despierta en nosotros y que le devolvemos reflejado con algo de nuestra substancia psíquica, he ahí la función vital de la crítica.

Y he ahí también por qué nos complacemos hoy en iniciar estas crónicas de arte con la presentación de un joven pintor, Etchebarne Bidart, que desde Melo nos trajo un conjunto de hermosas telas que expuso, sin pedantería, sin *réclame*, en el salón de Moretti y Catelli.

No ostenta medallas ni títulos académicos. Tampoco colorea su sencilla biografía ningún episodio novelesco, ningún rasgo extraño de carácter. Joven y ardoroso, nos presenta su obra con la modestia del que muestra para ser comprendido y no para venderse. Y también con el amargo convencimiento *a priori* de que el *gros public* ha de pasar indiferente ante sus cuadros como pasa delante de aquello que no trae lujosas etiquetas europeas.

Sin ascender a las urbes ultraçivilizadas, más bien descendiendo de la molicie urbana a la paz campesina, Etchebarne encontró su verdadera vía. Decimos descendiendo en un descenso aparente, pues abandonó la ciudad inquieta por el pueblo dormido, mas abandonó también las vías holladas para buscar con el consejo del "pino y del paraíso" la verdad emocional que le ofrecía el campo simple y humilde, para llevarla después como un nuevo fruto a la "ciudad tentacular", acaparadora y ávida.

Su obra es la revelación de un doble triunfo, el triunfo del carácter sobre la bohemia, y el triunfo del pueblo sobre la ciudad. Vale decir, vencer las atracciones de la bohemia halagadora y delieuescente, que enturbia toda personalidad en la media tinta brumosa de los cabarets nocturnos; que juzga por el gesto, por la "pose", por los arrestos demoleedores; que incita al croquis y al esbozo "genial" y que ensalza siempre "lo que no es, pero que podría haber sido", en un futuro muy condicional. Y vencer también la atracción de los círculos y camarillas para ir al seno de la naturaleza, de la mano del silencio, exaltando sus propias virtudes, abriéndose de par en par al cielo luminoso y sintiendo renacer el optimismo como una flor lozana que creciera en verdad, en sabiduría y en emoción.

Fué nuestra naturaleza la que lo educó definitivamente. Porque no fué a buscarla, la caja de colores en una mano y el chambergo al viento, con afanes egoístas y falaces. No fué a arrebatarle sus bellezas para pagarle al día siguiente con el olvido, como se hace con las miserables modelos de taller.

Fué con el alma simple y libre a dejarse conquistar, a sentir su influjo dominador y vivificante. Fué a convivir en su seno todas sus horas diversas y fugaces, alegres, risueñas, melancólicas, dolorosas. Y en ese idilio calmo la naturaleza le entregó sus secretos

como madre o como amante, o como ambas cosas a la vez.

Por eso nos atraen los cuadros de Etchebarne. Hay tanta naturaleza en ellos, que llegan a nosotros, o nosotros entramos en ellos olvidados de nosotros mismos. El paisaje tiene muchos modos de seducir: armonías extrañas de color, ordenaciones decorativas, grandes composiciones rítmicas, agrupaciones lujosas de formas naturales. Pero cuando nos trae una voz de la naturaleza nuestra, frágil como el suspirar de la cascada, y musical como el canto del pájaro nativo, es cuando su poder de seducción es mayor. No es ya el deleite imaginativo y sensual. Todas nuestras facultades se agitan y salimos de nuestro rol de espectadores para movernos en el escenario natural. Nuestra pesada envoltura humana se hace sutil y ligera, y desatados del tiempo y del espacio nos vamos por valles y por lomas renovando las emociones de otras horas, aun aquellas que creíamos dormidas para siempre. Nos hacemos hermanos del árbol y de la piedra, hablamos despacio con la verde alfombra y con el manto azul y constituimos una parte esencial de todo eso, Naturaleza, eterna cuna de belleza.

Esta generosidad es la que tienen los paisajes de Etchebarne. Nos hablan con voces familiares. Nos dan todo lo que tuvieron un instante, color, luz, aire, ruidos, aromas. Los cuadros crepusculares exhalan un vaho de tramonto, perfumado de trébol y de manzanilla que inunda toda la sala. Y el diálogo musitado por "el pino y el paraíso" puebla de tenues murmullos la quietud del ambiente que nos rodea.

Etchebarne no ha buscado sus temas, no los ha compuesto, como se dice en jerga de pintores. Tampoco buscó la emoción para transmitirla; la encontró allí, cerca de él, por el camino siempre transitado, frente a la ventana siempre abierta.

Y creemos que muchos de esos paisajes han vivido

ante sus ojos y que ellos han ido hacia él en vez de ir él detrás de los efectos cautivantes.

Así, Etchebarne ha conquistado los secretos de los grandes pintores. Ve hondo, desgarrar el velo superficial, la apariencia atrayente, para buscar la esencia del paisaje. Y siente la palpitación de la naturaleza en los momentos de exaltación en que se hermanan el alma de la cosa y el alma del artista y de la misma al-curnia, se hablan de igual a igual, sin saber si es el hombre el que desciende al seno desconocido de las cosas, o las cosas las que se empapan de las misteriosas virtudes estéticas.

Esta compenetración con la naturaleza existe en toda su obra. Y no queremos detenernos en los detalles de carácter técnico de los cuadros de Etchebarne. Están contruidos, no porque el dibujo, ni los planos, ni las medias tintas, ni las distancias estén bien realizados, sino porque por sobre todo esto los ha contruido la emoción. Ha trabajado a todas las horas y no se ha detenido ante ninguna dificultad. Y con esta audacia juvenil y consciente, ha obtenido hermosas realizaciones; así, sus cuadros crepusculares "El pino y el paraíso", "Atardecer", "Crepúsculo otoñal", junto con los de retratos constituyen lo mejor de su obra. En estos retratos fué donde culminó su deseo de vencer dificultades. El del ingeniero Murguía, en una media luz de atardecer, con un fondo crepuscular inferior a sus otros crepúsculos, tiene grandes méritos, aunque la figura tenga cierta rigidez en las telas. Nos seduce más "Gonzalino el chirquero", quizás por el efecto decorativo obtenido con naturalidad. Esta figura, con su actitud casi geométrica, se destaca sobre un fondo luminoso de mediodía, como un símbolo. El carácter racial, duro, templado, enérgico, le da cierto parentesco con la naturaleza que lo rodea. Es una roca negra sobre el campo verde, que brilla en rudeza y en tenacidad. Y los rasgos angulosos de la estirpe parecen en-

cerrarse en la cristalización definitiva de una inmensa piedra de ónix.

No seguiremos analizando la obra de Etchebarne. Nos ha revelado las bellezas de nuestras cosas, montes, lomas, arroyos, cielos, y aunque no ha rayado en todas sus realizaciones a igual altura, no queremos pesar el mérito intrínseco de cada una de ellas, porque lo que nos interesa es saber qué camino sigue y cuáles son las virtudes que ejercita en su difícil carrera. Y si continúa sereno, fuerte, sincero, constante, encontrándose a sí mismo en cada obra, nos ha de ofrecer mañana, como nos ofreciera hoy, su conquista de belleza, no objetiva y fiel, sino íntima, emocional, intensa, saturada de alma.

C. A. HERBERA MAC LEAN.

## GLOSAS DEL MES

Alfonso Broqua

He aquí un artista genuino y total. No hay rama del arte que no le interese, y nada le interesa fuera del arte.

Cultiva la poesía como necesario esqueleto de la música y en ésta refunde todas las manifestaciones artísticas: traduce con sonidos el color de los paisajes, o el ánima muerta de las piedras, con lo que, a su modo, es también pintor y escultor.

Su inquietud se revela al primer golpe, en numerosos tics que andan continuamente zigzagueando por su cara. Se adivina que reflejan una exaltación interior, propia de espíritu sutil y lujuriosamente inervado.

Habla lo justo y casi sin adjetivos. Se diría que siempre anda apremiado por el tiempo, como hombre que ha dado una cita y teme llegar tarde a ella.

A primera vista creeríasele versátil y cierto trahumar constante, buscando cambio de ambientes y panoramas, como si se hastiara pronto en cualquier sitio, parecería confirmar aquella apariencia; pero, he aquí, que difícilmente se encontraría un hombre tan fijo y enraizado en su heredad — dominio de belleza pura — que podría decirse que sólo ha comprendido el sentido estético de la vida.

Tal la semblanza de este artista que, empujado por legítimas esperanzas y buscando propicios escenarios,

está a punto de partir para Norte América con los originales de su ópera "La Cruz del Sur", cuyo argumento adelantamos hoy en las páginas de esta revista.

Broqua, al estilo de los grandes maestros, no sólo ha concebido la música, sino la letra y el drama de su obra, con lo cual, seguramente, ésta adquirirá una unidad de acción y de emoción, una justeza íntima entre el color, la idea y el ritmo, imposible de hallar en lo que ha nacido de diversas fuentes.

Más de un lustro de trabajo constante y tenaz hay condensado en esta obra, que miramos con doble simpatía, por el esfuerzo superior que representa y porque está impregnada de americanismo. "La Cruz del Sur" no es una ópera de argumento más o menos aborigen, musicalizada a la europea. Broqua, sin despreciar el auxilio de las técnicas más avanzadas, ha puesto en esta obra valores musicales autóctonos, buscando inspiración en el amplio *folklore* indígena y en el que produjo la mestización. De este modo "La Cruz del Sur" adquirirá un sello característicamente sudamericano, lo que la hará destacar por una vigorosa originalidad.

Para mayor ventura ha encontrado en Alfredo Guido, — el notable pintor y aguafuertista rosarino, cuyos conocimientos en el arte primitivo americano le dan la autoridad de un maestro indiscutido, — el colaborador imprescindible para orientar la futura labor de los escenógrafos. Por amabilidad del señor Broqua nos ha sido posible admirar las telas ilustrativas pintadas por Guido para "La Cruz del Sur", y en las que no se sabe qué alabar más: si el arte del paisajista, si la sobriedad y el vigor sugestionante de los gestos y las figuras, o la meticulosa exactitud de los vestidos, los cacharros, las viviendas, las armas y, en general, de todo lo que caracteriza a la civilización incásica y quichúa.

PEGASO ha querido dedicar la glosa de este mes al artista viajero, que va a partir en medio de la indiferencia y el silencio, y al que espera saludar un día al modo himnico con que se realza a los vencedores. Bien ganado tiene el triunfo que le aguarda y que le deseamos todos los de esta casa, a la que ha honrado con su amistad y en la que se tienen por los hombres de su tesón y los artistas de su talento, el respeto más alto y la más profunda simpatía.

JOSÉ MARÍA DELGADO.

De casa

Festejando la aparición de los cuatro primeros volúmenes de la Editorial PEGASO, tuvo lugar en los últimos días de este mes, un banquete ofrecido por el Directorio a los autores señorita Luisa Luisi y señores Vicente A. Salaverri, José María Delgado y Telmo Manacorda. Presidió la cena el doctor Asdrúbal E. Delgado, Presidente de la Cooperativa Editorial PEGASO. Fué una fiesta amable y cordial, que se repetirá mensualmente, como un medio de reunir en una hora al grupo intelectual que prestigia y colabora en la cultural cruzada emprendida con tanto éxito por nuestra Cooperativa.

La PEGASO editará en estos días un nuevo volumen, "Agua del tiempo", poemas nativos del joven poeta Fernán Silva Valdés, cuyas últimas producciones se han singularizado por su fuerza expresiva, su belleza plástica, su poesía intensa y colorida. Será un nuevo éxito de la naciente empresa, a lo que PEGASO ha prestado sus alas, y con la que estamos sinceramente orgullosos.

## NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Epistolario de Rodó — Biblioteca Latino Americana — Paris — 1921  
 I La Biblioteca Latino Americana, que dirige el señor Hugo D Barbagelata, en Paris, reunió estas cartas del eminente pensador  
 o Quienes confiamos mucho en cuanto la correspondencia de esta clase de hombre lleva de su intimidad espiritual, nos vemos defraudados, estas cartas, aunque movidas por diversos tópicos, rezuman una cortesía monótona, totalmente desfavorable a la realización de nuestras esperanzas. Nada dejan entrever de aquella alma, por lo común es de desearse una publicación más completa que saque a luz aspectos recónditos. Un epistolario cuya aridez evoca al copiatorio de una correspondencia comercial o técnica no es lo que merece Rodó  
 — E. S.

Las Campanas de Oro — Selección de poesías de Carlos Pezoa Veliz — Biblioteca Latino Americana — Paris, 1921  
 Obsequio de la Biblioteca Latino Americana, dirigida por Hugo D Barbagelata hemos recibido este hermoso libro de versos. Carlos Pezoa Veliz es el poeta del infortunio, el lírico del dolor, la esperanza que se malogra, el viajero cuya "es la noche en la mitad del día" Poeta por el corazón lleno de música, poeta por el cerebro lleno de luz, poeta por el alma llena de congoja, — Pezoa Veliz, que cantó al pintor Perea, a Pancho y Tomás, al alma chilena y a San Ignacio Confesor, — tuvo la originalidad fuerte, el vuelo seguro, la rima triste de los grandes poetas decadentes "Se fué con las hojas, esen un atardecer de otoño", no sin haber dejado antes esa gavilla de versos, dorados como abejas, trémulos como estrellas, profundos como almas. Ese poema de Juan Perea, melancólico y hondo, — es enorme melancolía, — está redondeado en la cuarteta final: "La vida sus penas ¡chochees de antaño! — Se sufre, se sufre ¡¡por qué! ¡¡porque sí! — Se sufre, se sufre Y así pasa un año — y otro año. ¡qué diablo! La vida es así" — Esa canción del tren, — las quintetas a Teodorinda, — los octosílabos del orgullo, — todas las composiciones del libro, si bien ya retrasadas en la forma porque el tiempo pasa tan ligero, y aunque Pezoa per-

tenece al novecientos murió demasiado pronto, — tienen todas ellas el sabor de las cosas personales, la propiedad de un poeta positivo, el carácter de una brillante originalidad. Es sencilla y profunda, tristísima y serena como la misma lluvia en la tarde, esa verlainiana "Tarde de hospital" donde el poeta "para espantar la tristeza" duerme, aunque después se despierte sobresaltado con el lloriqueo del agua...

Pezoa Veliz será siempre, a pesar de haberse ido tan pronto, un gran poeta americano. Su memoria tiene desolación y amor, atributos sagrados. Bien está, pues, ese prólogo de Leonardo Pena y ese afán piadoso de Hugo Barbagelata, que recoge en un libro la obra dispersa del viajero malogrado, — para brindárnosla en la más pura idealidad y con la más simple emoción...—T. M.

**Crítica de la Literatura Uruguaya.**—Por Alberto Zum Felde.—Montevideo—1921.

En un país en donde casi todos opinan de oído y tanto se peca de audacia para criticar sin mayor conocimiento de causa, la aparición de un libro como el que comentamos, puede casi considerarse como un milagro.

He aquí un crítico que se ha encerrado en su gabinete de labor, ha pasado largas viglias estudiando, uno por uno, todos los libros de los autores elegidos, los ha meditado seriamente, los ha comparado y juzgado en sus valores sociales, éticos y estéticos, y todo con una conciencia de hombre que toma el arte como cosa fundamental y no como simple e inocente pasatiempo. Ciertamente, esto es extraordinario en nuestro medio y sólo por la cantidad de trabajo, la magnitud del esfuerzo y su valor sintético, "Crítica de la Literatura Uruguaya" merecería ser alabada sin reparos.

Pero fuera de estos méritos conceptuales y que revelan una investigador, hay un exégeta singular, capaz de abrazar en toda su amplitud la labor de un artista, su psicología, la influencia que ha dado y recibido del medio, su clasificación doctrinaria, la belleza de su arquitectura exterior e interior, en fin, todo lo que ennoblece a la crítica y la levanta a los planos superiores del arte.

Así se ve al autor, frecuentemente, aportando ideas propias y ricos razonamientos al debate de problemas literarios y psicológicos que si bien están relacionados íntimamente con los escritores compatriotas comentados, tienen caracteres universales y dan, por lo tanto, al libro, un valor mucho más grande que el simplemente regional.

Pero a más de estos méritos conceptuales que revelan a una mente superior, está también la obra del esteta, exteriorizada en el estilo de una prosa rotunda y brillante, en el manejo de la ironía, en la modernidad y la justeza de la adjetivación, en la audacia y elegancia de los giros, en la riqueza lexicográfica: todo lo cual

hace que se apuren las páginas del volumen con el doble deleite de lo que está bien meditado y bellamente dicho.

Aun cuando se desconociera la importancia de su obra anterior, este sólo libro bastaría para colocar al señor Zum Felde entre los críticos más sagaces y completos que actualmente se mueven en el escenario de la literatura continental.

Hecho esta, con lo que acabamos de expresar, el elogio del libro y del artista. Es de toda justicia, todavía, añadir dos palabras sobre el valor del hombre, sin lo cual todo lo anterior tendría sólo una importancia relativa.

Se necesita una fortaleza verdaderamente masculina para afrontar la situación desventajosa y agria en que se coloca todo aquel que dice sincera y abiertamente lo que piensa.

Equivocado o no en sus juicios, el señor Zum Felde da el espectáculo ejemplarizador de un crítico tan noblemente dispuesto a rendir homenaje a los valores que su conciencia cree positivos, como a lanzar todas las piedras de sus poderosos razonamientos contra los ídolos que considera falsamente entronizados, aun cuando tenga que enemistarse, por ello, con el concepto general y hasta con los sentimientos patrióticos.

Con razón el autor ha transcripto en el prólogo del libro las viriles palabras de Romain Rolland, a cuya fórmula ajusta estrictamente su conducta: "Todo hombre que lo sea en verdad debe aprender a quedar solo en medio de todos, a pensar solo por todos, y, si es necesario, contra todos."—J. M. D.

**La Alondra Encandilada.**—Poesías.—Por Rafael Lozano.—Madrid. 1921.

Rafael Lozano, como sus hermanos mayores, ha ido desde las selvas mejicanas, a París y a Madrid, con la loca ilusión de ver, amar y cantar. Con una juventud jocunda y activa, ardiente y audaz, emocional y alegre como la misma primavera, va conquistando almas y ciudades en loco vuelo de alucinación.

Luis G. Urbina, el exquisito madrigalista del beso enamorado de una mano, grabó en el frontis de este libro del joven poeta, un prólogo de maestro que pone un rayo de luz en el plumaje de esta "alondra encandilada"...

En realidad se trata de un libro inquieto, ardoroso, variable, donde bien se ve al fauno entregado a sus alegres juegos antiguos en el apartado soñador del bosquecillo... Pan y Eros dan la pauta: Verlaine, Samain, Rubén dan la armonía... La primera parte del volumen tiene un panteísmo encantador, una dulce ingenuidad, un ardor trémulo... Lozano viene "con el alma en las manos"... En la segunda parte hay inquietud, dolor de ausencia, melancolía de recuerdo. El poeta es joven y ya tiene una pena para decir... La amada es un remanso al sol poniente, y como en la

laguna la garza que medita, en ella se refleja el alma entera... "La sabiduría de la tristeza", se titula la tercera parte. Aparece el mal metafísico, el mal infinito... Hay impresiones de California, de Nueva York: versiones de Paul Fort, de André Gide, de Robert Browning... La cuarta parte está rotulada "Frescos de peristilo", y en ella Lozano, cuya lírica es toda la primavera, canta a Quanhémoc, a la Malinche, a Cleopatra, a Salomé, a Lincoln, a las pinturas del Greco, a la música de Debussy... En la quinta parte, que se llama "libro de estampas", el poeta ensaya una composición de tres líneas,—sintética, brillante, emotiva,—que, sin embargo, no convence, porque a veces la poesía no está ni sugerida siquiera... Por ejemplo: en "las cuatro estaciones" las estampas brevísimas no tienen el color preciso, no dan la sensación exacta... En la última parte, "Sinfonía de los jardines", Lozano dice el elogio del Luxemburgo y de Versalles... La emperatriz Eugenia parece que viene por uno de ellos; María Antonieta ha pasado por otro, con un libro en la mano...

Hemos llegado al fin: Rafael Lozano ha llenado con el oro puro de su poesía, nuestra pequeña estancia íntima, como en otras veces las manos amadas han derramado el perfume de los jacintos y de las violetas sobre nuestra mesa de trabajo.

Las conclusiones son claras y sencillas. Lozano es poeta de veras, y en su visión singular de las cosas, deja un toque de luz que en ocasiones es una joya... Está todavía en la inquieta senda de la mocedad, pero lleva en sí el alma del mundo. ¡Saludémoslo!—T. M.

La Mujer Inmolada.—Por Vicente A. Salaverri.—Editorial "Pegabó".—Montevideo.—1921.

Cuando no hace mucho tuvimos el honor de opinar en estas páginas sobre la última novela de este autor, resumimos nuestras esperanzas en su labor futura, diciendo que quedábamos en el puerto viendo partir las galeras...

He aquí las galeras de retorno, y en nuestras manos ávidas la obra nueva; no del campo, tal cual esperábamos, sino de la ciudad.

Que esta advertencia sirva de peana a nuestro elogio: ya era tiempo de que los escritores fijaran para el arte los elementos de vida urbana, pues aunque no ignoramos dos o tres ejemplos de mérito considerable, cabe decir que el hervor de la urbe no ha tenido aún las plumas que merece.

Por suerte ya aparecen comprobaciones del interés suscitado por esta vida rebañega; y "La Mujer Inmolada" es, sin duda, un alto documento de complejidades competentes a más avanzadas civilizaciones; y que, sin embargo, contenemos; probando que nuestro vivir ya se estremera por sensaciones, de las que alteran, muy honorablemente, la vida aldeana.

Sería menester dividir los últimos años de nuestras crónicas sociales y artísticas para no acertar en seguida con el terrible drama que cuadró al arte del señor Salaverri para su lucimiento. Y aunque por comprensible poder no mediremos el espacio que él cedió a la verdad, digamos, sí, que un inevitable espeluzno remata el interés con que esas páginas se recorren, aunque la tragedia es casi contemporánea, y nuestro conocimiento de ella le restaría interés.

El señor Salaverri tuvo habilidad para galvanizarla, embelleciéndola, no por arte cosmética, sino con originalidad que lo recomienda mucho.

Y en llegando a esto, pues que tocamos la manera del autor, cabe referirnos al prólogo de esta novela, donde el señor Salaverri explana sus ideas actuales sobre el punto. Ahí discrepamos; el arte no podrá ser de este ni de aquel otro modo único; será vario, pues que debe cumplir a multiplicidad de emociones; y no tendrá sistema.

Pero esto pudiera ser motivo de más ancho comentario, que acaso algún día ensayemos. Y entonces, ¡sabe el señor Salaverri, observador de las fórmulas de Maupassant, sabe el señor Salaverri con quién vamos a convencerlo! Pues con el señor Salaverri mismo, que es el más encantador ejemplo contrario de aquel cuentista monocorde y fatigante como una llanura mustia.

Sin buscarlo establecimos un nuevo elogio del autor de "La Mujer Inmolada"; pero quede ahí, pues, que de él no nos arrepentimos.—E. S.

Florilegio.—Versos de M. Magallanes Moure. — Edición "Convivio".—Costa Rica.—1921.

He aquí al poeta del otoño, largo tiempo callado como si estuviera bebiendo el alma de la tarde, y de vez en vez tremante de versos como un árbol que reúne en sus ramas los pájaros viajeros... Canta el *ánima rerum*, la tristeza del invierno, la gravedad de los bueyes, la melancolía del otoño... Y siempre la estación otoñal, frecuentemente la elegía de ese intermezzo amarillo de hojas mustias... El mar y la tarde son el horizonte diario de sus meditaciones, el sempiterno telón de fondo de su paisaje. Pero, como la vida de los hombres tanto se asemeja a la vida de la naturaleza, lo que un día y otro día es gris y triste, es a veces luz y color... El amor embellece: en el amor la vida y la poesía. Magallanes Moure calla y sueña y canta: tiene borroso el sueño; recobra y pierde sucesivamente la cristalería alegre del arroyo, la grandeza inquietante del mar, el aire distraído del árbol, el vellón blanco de la nube ligera, la voz triste y antigua del pájaro humilde, con que va haciendo y deshaciendo su poesía, una de las más altas y más nobles del Chile moderno.—T. M.



**En el Azul.**—Poesías por Fernando Maristany.—Editorial Cervantes.—Valencia

Forma este tomo de poesías la primera parte de un binomio lírico, del cual "La Dicha y el Dolor", obra que comentamos ya en números anteriores de "Pegaso" constituye la segunda.

Aparecen aquí también, aunque quizás no tan firmemente diseñados, como en "La Dicha y el Dolor", las múltiples cualidades que señaláramos en elogio de este lírico, una de las figuras representativas del actual Parnaso hispánico.

El libro trae, además, un bello prólogo de Pascoaez, el notable poeta lusitano.—J. M. D.

**Glosas y Escoldos**—Por José Fernández Coria.—Buenos Aires.

He aquí un libro sano y bueno. El autor ha reunido en él una serie de artículos—si inconexos por el asunto, ligados por el espíritu—en los que ha volcado el trop plein de su alma Bueno y sano porque en lenguaje sencillo y claro, habla sobre las cosas que se le van ocurriendo, con sinceridad y emoción. Pero encontramos que su emoción es realmente comunicativa sólo cuando trata sobre temas educacionales "El problema educacional" y las "Memorias de un rabonero" son sus mejores capítulos. Estas últimas sobre todo. Hubo un momento en que nos hicieron recordar a D'Amicis, aunque no es el género.

Las escuelas frías y sin alma, para la estadística; el maestro de gramática, sucio y malqueriente, el de historia, entusiasta por su cátedra, cariñoso y amado por sus discípulos, el compañero Patrio, a quien llegó a negar un día como Pedro; los detalles bien expuestos y las reflexiones bien hechas, el placer de la rabona y el sentimiento de su falta en las escuelas sin alma: todo eso lo dice Fernández Coria con una sencillez que es un encanto y con una verdad que da calor.

Desearíamos que su futuro libro fuera todo él como este capítulo que elogiamos sin reparo.—A. E.

**Juana de Ibarbourou.**—Ensayo —Por Alejandro Andrade Coello. —Quito, Ecuador.—1921

Muy interesante este folletito de veinte páginas, que el espíritu amable de Andrade Coello ha dedicado a nuestra gran poetisa Juana de Ibarbourou. Revela amor, conocimiento, espíritu. No importa que no coincidamos en ciertos conceptos, acaso desvirtuados en su valor por la distancia que hace mirajes. Lo que aquí vale es el entusiasmo de corazón, el entusiasmo por nuestras cosas, que Andrade Coello elogia y engrandece con generoso ademán y ritmo puro.—T. M.